

**RICARDO DESCALZI**

## **DOS CUENTOS**

### **LAS TRES MUÑECAS**

a Jorge Carrera Andrade

La alcoba se hallaba sumida en la penumbra. Ví a la madre cambiar su gesto de angustia al aproximarse al lecho. Respeté el silencio inmóvil, el miedo detenido en las gargantas y sin tratar de observar los pequeños detalles, avancé lentamente a la cabecera de la niña.

Una enfermera se deslizó a mis espaldas y ahogó en la alfombra el eco de sus pasos. Ardía en un rincón de la pieza cercana a la cabecera del lecho, la lámpara de aceite, tinta en granate, que quemaba su esperanza ante la imagen de la Virgen.

La niña movió la cabeza y el raudal de sus cabellos, cobijó la almohada. Sonrió la madre al encuentro de sus palabras. La enferma agitó las sombras y dejó reposar sus manos cansadas.

—¿Cómo te sientes pequeña?— le dije al primer encuentro.

El padre descorrió las cortinas de la ventana y la luz de la tarde oprimió las pupilas de la niña. Descubrí entonces su rostro lechoso, sus ojos brillantes como la luz de las estrellas y pensé en los ángeles rubios.

No habló. Me miró cara a cara, sin expresión, luego a las cosas, a su madre y nuevamente me miró a mí. El padre empezó a agitar sus palabras convenciéndole de mi presencia. La niña mostró su hostil silencio sin sonreír.

—Vengo a conocerte. Seremos amigos.

Una muñeca dorada, dormía su belleza de cera, entre los pliegues del lecho.

—Seré amigo de tu muñeca también. ¿Qué nombre le has puesto?



—Dulzura.

Y esta vez sonrió al apretarla.

Cuando empecé a palpar su mal y a sentir su violencia, pensé en su amargo destino. Es triste, le dije a sus ojos, es triste que Dios se haya acordado de ti. Apreté su manecilla tibia entre mis dedos y traté de sonreírle. Sentía, yo lo escuchaba, latir a mis espaldas el corazón del padre y en la voz de la madre, correr la sangre en tropeles de angustia. Me levanté dándole mi sonrisa hasta el último momento, pero cuando los ojos de los padres se clavaron como dardos en los míos, les contesté de frente en mi mirada: Es Dios, Dios que ha pensado en ella, olvidándoles a ustedes.

El padre me arrastró al fondo de la alcoba, junto al ventanal que miraba al jardín. Le hablé en susurro lento, severo en mi sentencia, sin poner gestos ni ademanes, con mi palabra rígida. Era yo un hombre, era yo un médico, pero mas que nada, era la memoria de un libro que vertía sin tropiezos su lectura. El padre miró la copa de los árboles que trepaban del jardín y la imagen de las hojas verdes se quebró en sus lágrimas.

Frente a la ventana, en el muro que elevaba la casa vecina, bajo la mínima sombra del tejado, entre las alfajías de la techumbre, una gorriona revoloteaba inquieta, llevando en su pico dos briznas de paja. Estaba en el afán de dar saltitos: trepaba a la alfajía, caía sobre el muro, iba con su cabecita torva hasta el borde del abismo atisbando el jardín, retornando, saltando inquieta, afanosa, con la voz del instinto que conmovía sus entrañas maternas, dando vueltas en redondo, para luego, fatigada en su inquietud, depositar a sus pies las pajas y levantar otra vez el vuelo.

El padre me condujo hacia el pasillo, mientras a mis espaldas el ruido del cortinaje, sumía otra vez en su penumbra la alcoba de la niña.

Dios se acordaba de ella.

El grito en borbotones de risa del hombre que platicaba en la esquina de la calle, oradó mi silencio. Taconeaba una mujer vistosa en sus ropajes por la mitad de la acera y el canillita de la tarde, pregonaba las últimas noticias.

—Es Dios . . .

Caminé sin entender su razón. Pero la razón de Dios se hallaba en todas partes: en el hombre que saludaba, en el centelleo de la estrella, en la estructura de la flor, en la lluvia, en el ave abatida y la tierra yerma. Estaba en el movimiento perenne, en la luz, en



el camino frondoso, aún mas, metido en nuestra conciencia con valor esencial, indesechable. Dios estaba también en la muerte, en el pétalo agostado, en el tronco envejecido, en la quietud y la obscuridad.

—Luego es Dios . . . .

Entonces, deshecho de la angustia, me puse alegre a saludar a las gentes, a tintinear en mis bolsillos el frasco de píldoras, a sentir el sol y la sombra, el movimiento de mis pasos y todas las risas que rayaban la tarde, a fojear los títulos encuadernados de los libros en las vitrinas y a respirar, pensando en respirar.

—¿Sabes? —le dije a un amigo— ¿has tenido piedad por las gentes que se mueren?

Tuve que acatar su sorpresa, mi plan era plan de alegría. Para zaherirme, se puso, en trance de confidencia, a describirme sus negocios. Habían surcos amargos en su rostro, pero sus manos, al igual que su conciencia, apretaban los números. Se sentó a mi lado en el banco de piedra del parque, frente a un seto de rosales protegido de humildes pensamientos. Destiló sus rencores, sus alternantes ambiciones, sus sueños que no eran sueños, sino voracidad en camino y un rictus salobre de sospechada impotencia se le marcó en las venas de sus sienes encanecidas.

Si, el mundo era agradable. Por ejemplo, era agradable estar-se allí en ese momento, escuchando sin oír, sin que el corazón le fastidie, los problemas insulsos de un hombre cualquiera, clavada la mirada en los desportillados de las lozas del piso o sorprendiendo los rostros gerodérmicos de los pensamientos, que barbados como gnomos, habían dirigido sus miradas a nosotros. Y venían además, a cada instante, otras cosas agradables: un bostezo, el cosquilleo en la piel, el descanso de las piernas extendidas, la voz modulada, el sueño y el sopor.

La niña se moría de cáncer a la sangre. En realidad, esto representaba una verdad descarnada y dura. Cumplía al final el cuerpo su destino. Su belleza no tenía importancia, ni su edad, ni su sonrisa, ni sus frases ingeniosas, ni la alegría que despertaba en el corazón de sus padres, ni nada que pudiera decirse en tono de piedad: por esto hay que perdonarla. Lo desconocido agitaba su cuerpo, quemaba sus células y fundía sus reservas.

—¿Lo desconocido es Dios?

El amigo se detuvo de golpe y me miró extrañado al escuchar mi intempestiva pregunta. Calló un momento y consultando la hora de su reloj, me dió las buenas tardes. Sus pasos se perdieron entre otros pasos que cruzaban. Un tumulto de imágenes en sombras se agolparon a mis ojos. Gemía su plegaria el clamor de las cam-



panas. Escarbé en busca de la piedad y sentí una desilución inexplicable. Me levanté agitado. Troté las calles para hallar una sola lágrima y hallé las lágrimas guardadas. Las gentes las escondían tras las sonrisas duras, tras los ceños adustos, tras las miradas vagas, tras el tropel, ese diáfano constante tropel de caminar para encontrarse o huir.

—La piedad es Dios.

Entré a removerla en el silencio del templo. El templo guardaba un murmullo de lágrimas exhaustas. ¿Estaba en el cirio que ardía, la razón de la fé? Acaso. En la hoquedad de la bóveda se exaltaba el alma que tomaba la arquitectura del vitral en ojiva. El alma era la comunión de Dios con el hombre.

Recordé el eco de la voz de la madre.

—Si El lo quisiera, sólo El . . .

Esta era la fé removida por el dolor. El entregamiento absoluto. Era escarbar la piedad por ver si la piedad florecía. Hoy se había vuelto densa como la noche. La verdad era simple: la niña se moría de cáncer, la piedad dormía su sueño de ángel.

—Le traigo una hermanita a Dulzura.

Acomodé la muñeca de pelo rojizo junto a la otra. La pequeña le miró asombrada y sonrió.

—Dulzura ya no estará sola.

La madre se sentó al borde del lecho. Quemaba oscilante la llama de aceite. La niña se incorporó para observar mejor a la recién llegada. Pasó su mano sobre el cabello sedoso de la muñeca y le miró el vestido en sus detalles.

—¿Y ahora qué?

Se sintió alegre y se puso a conversar. Había reprendido a Dulzura, porque no tenía el menor cuidado con sus vestidos, ni tomaba las medicinas. Se violentaba como cualquiera niña de la calle cuando ella, se ponía en la enojosa tarea de peinarla. Pero desde hoy no le haría mucho caso, tenía la nueva recién venida, que esperaba sería mas dócil y comprendería mejor las cosas.

—Si —le dije— me aseguraron su educación.

—¿Vino del Cielo?

—Del Cielo.

—En el Cielo le habrán dado sus consejos los angelitos, porque los niños que vienen del Cielo son niños buenos.

La enferma se calló. Hundió su cabecilla cansada en el almohadón y me quedó mirando de firme, plácidamente sonreída.



—¿Y la mamá de Dulzura se siente bien?

Afirmó la cabeza sin hablar. Borró su sonrisa y permaneció seria, como si un problema grave le obsesionara de pronto.

—¿Cuántas muñecas hay en el Cielo?

Le tomé el pulso y luego, mirándome batir el termómetro en el aire, lo recibió en la boca. Eran décimas, la insignificancia peligrada que afirmaba con insistencia el pronóstico.

—La llamaré Cielo, porque vino del Cielo.

Colocó a la muñeca junto a la otra y permaneció mirándolas en silencio. La madre me habló con la voz opaca de la angustia. Mientras escuchaba sus quejas amargas, sorprendí por el ventanal a la gorriona que afanosa terminaba su nido. Lo había construido sobre el muro de adobe entre las alfajías. Desde allí tendría el panorama del jardín, del ventanal de la casa, de los árboles verdes. Vendría la lluvia y sentiría el placer de saturarse de su humedad sin bañar sus plumones. Acomodaría su tibieza entre las briznas de paja y vería pasar la vida por el oscuro pedernal de su mínima conciencia.

Miré a la pequeña y me aproximé a despedirme. Me tendió su mano afiebrada que la apreté con ternura.

—Te veré pronto.

Y salí presuroso, con el eco de las palabras de la madre martillando mis oídos. Era un dejo de fé, de tristeza, de esperanza abatida.

—El, sólo El, si El lo quisiera...

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Puedo afirmar que esos días, fui un sentimental común. Hacía gala de una emoción que no encuadraba con el barniz de médico con el que había embadurnado mi personalidad. Era un intruso a quien el barro humano tocaba el corazón, que latía hasta el llanto. Derrotado por el misterio, mis conocimientos se rompían como pompas de jabón. Yo debía ser la esperanza, el rayo de luz que cae en la gruta para iluminarla, pero la sima hórrida estaba en mi mismo y yo necesitaba esa luz.

Yo miraba la vida en derredor abundante, el clima biológico generoso, lejano al fin y sin embargo una sola vida, era un solo matiz deleznable como un segundo en el día, sin meta ni objetivo, sin futuro que afirmase la razón de ser. Eramos parte de la vida, quizás un grano en movimiento, mínima personalidad sin destino. ¿Después? Las memorias se perdían en la fragilidad de los siglos. Todo caminaba hacia un fin sin lógica. Un paso, era un paso en el camino hacia metas frágiles, vulnerables al olvido, y sin embargo nos



otros nos esforzábamos en darle substancial importancia, mientras el tiempo, debía reír a carcajadas, al sorprendernos creando la eternidad.

Venía la pequeña vestida de blanco saltando las cercas, llevando en sus manos ramos de flores silvestres. Cielo y Dulzura seguían tras ella.

—¿No me has visto correr?

—Te veo hoy.

Su cabellera flotaba en el aire, iba hacia un banco de nubes deshumanizando su figura, como un soplo que hiciese ondas en la niebla. Luego el templo nos cobijó en sus arcadas. Vestía ella su traje de novia, la miraba alta y garbosa y apretaba mis manos con ternura, entregándome su sonrisa de amor. De pronto no era ella, era una risa que retumbaba en la bóveda, el eco que se alargaba en las cúpulas que coronaban los altares. Los cirios flameaban con estruendo y un incendio de incienso granate me sumió en los abismos.

La luz del amanecer hirió mis ojos. Empecé a fumar sin sosiego, buscando un pensamiento que detuviera mi inquietud. Apretada la mirada contra un punto: la mancha del tapiz roto de la pieza que dibujaba una isla perdida en el océano del muro, el título de un libro en el anaquel, el paso revoloteante de la mosca que giraba alocada en su pequeño universo.

Recordé a la pequeña y su indefensa figura hizo que la luz del sol rompiera sus rayos en mis pupilas húmedas.

Dejé pasar el verano hostigante haciendo acopio de alegrías, a que mis nervios cesaran de golpear. Sin embargo el recuerdo de la niña atisbaba en mis momentos de calma y asaltaba mi espíritu remeciéndolo con violencia. Soporté heroicamente la urgencia de su llamada y cuando creí que al fin había dominado su amargo recuerdo, un día, pese a mi determinación, acudí a la voz de su padre, porque descubrí en ella su dolor, que clamaba piedad.

Fue amargo y muy triste. Mi corazón dió vuelcos de angustia al mirarle.

— ¡Hola pequeña!

Sentí un velo de lágrimas ahogar mis ojos, quebrar mi voz, y apreté mis dedos hasta empalidecer la piel.



— ¡Hola ...!

Pero no me repuso, ni hizo intención de mirarme. Doblegada su cabeza, hundidas su pupilas celestes, ya su cuerpo en camino de la muerte, permaneció sin hablarme, sin importarle mi presencia. Aún ardía en mofa solemne, la lámpara votiva.

Me senté a su lado y le tomé la mano. La niña hizo un gesto de reproche y trató de retirarla sin fuerzas. Le toqué las mejillas y alcé su mirada a mis ojos. Prefería mil veces su encono inocente, su reproche violento a su desdén. Me miró como se mira a un perro. Enrojecido de vergüenza esquivé su vista. Ella permaneció hosca en su gran silencio. Estaba triste.

Como dos cosas inútiles reposaban a su lado Cielo y Dulzura.

— Si tu supieras pequeña ...

Pero no, no le dije nada. Guardé mis excusas y soporté su desprecio. Me dolía su silencio, me hacía daño su tierno reproche.

Esto caminaba presuroso a la muerte. En la atmósfera se filtraba su presencia. Lo dulce y entrañable se encaminaba hacia el frío inevitable.

Su padre me habló de sus deseos, de sus pocas palabras. Ya había olvidado a Dulzura y Cielo no contaba para nada. Caía el sopor de bruces sobre sus párpados, sobre su cuerpo abatido. Con mi derecho de ser humano, hubiera podido gritar contra alguien para mostrar este ejemplo y exigir la razón de tanta amargura. Pero mis pensamientos se diluían al querer tomar forma, sensación de materia.

— He estado ausente.

Me escuchó sin replicarme.

He visto a los padres de Dulzura.

Era un decir. Sospeché que se animaron sus ojos.

— Yo soy su mamá.

— Es verdad.

Movió su cabecilla con esfuerzo para mirar a Dulzura. La acomodé en su regazo entre sus rubios cabellos y su pecho. Pestañeó un instante y luego:

— A Cielo y Dulzura, cuando me levante, les haré bonitos vestidos.

El aire pesaba como una montaña. La enfermera, puntual en la cita, le administró la medicina. Afuera caía la lluvia y el vaho de la tierra empañaba los cristales.

Bajo la cornisa del tejado, la gorriona, embebida de solemnidad, oronda en su misterio maternal, empollaba sus frutos.



Yo había tenido a la muerte en mis brazos. La había visto llegar sigilosa a mi lado y arrancar el suspiro de viejos enfermos incurables. Había cerrado con mis dedos muchos ojos vidriosos y sentido el soplo del aliento desvanecerse en los labios. Había destrozado con mis manos la **cosa** que dejó la muerte a su paso y al urgar en ella no había hallado misterios: todo en el interior del hombre permanecía quieto como las piedras en los caminos. No corría la sangre, ni el corazón mecía su tic tac de péndulo. Los ojos eran como grandes canicas opacas y los intestinos y el cerebro y las glándulas, permanecían en descanso. Todo era frío, desde el gesto comprimido de las manos, hasta los rincones plácidos. Fría la redondez de los senos, fríos los muslos, frío el dombo del vientre, fría la palabra congelada.

Pero la muerte de los enfermos viejos era la muerte lógica. Esta otra, ésta que traía el paso presuroso adelantando a su camino, era la muerte injusta, la que avergonzaba al hombre, al médico hombre, haciéndole más barro y más miseria.

Penetré al anfiteatro en busca de sosiego. Quería mirar a la muerte y salirle al encuentro. No, la muerte ya no era esto: un brazo cercenado, un hígado flácido, la mano disecada un hueso desnudo. Estas eran cosas, como era **cosa** el batiente agitado o no de la puerta, el vidrio roto, el tronco abatido. Si, tal vez la muerte la inventaron los poetas y le dieron cuerpo los artistas. Quizás estaba en nosotros desde el momento en que abrimos los ojos. Vivía ensayando su rol de mal gusto en el sueño apacible, como una cómica insegura para su gran debut.

La muerte era la hoja del arbusto que perdió su sitio en el camino de la savia. Quizás el mineral lucía una muerte dormida. Pero todo vibraba y se conmovía y lo que se agitaba vivía: el agua en el mar, el aire en el viento, el color en el paisaje, vive la obscuridad y aún la quietud agita su calma en el espíritu. El espíritu es el soplo vertido por Dios. No, no podía desmenuzarse su esencia: la roca era dura, el agua en el charco permanecía inmóvil, la calma chicha era calma. La vida era distinta, su naturaleza traía aparejada su lado negativo. En esta raíz de distingo reposaba su origen. No había que urgirle. Era espontánea y real. El tenerla nos hacía luchar. Todo era miedo apretado, un temor informe que atisbaba enclaustrado en el protoplasma de la célula, era el miedo esencial del primer elemento libre, exponente de base, multiplicado en millones comprimidos de elementos semejantes.



Le habían recostado sobre el lecho, con sus dos manos cruzadas, como si ella esperara la visita de Dios. Habían peinado su cabellera rubia y adornado sus bucles con anchas cintas celestes. Sus ojos azules dormían y el color de cera de sus mejillas, tenía la placidez de los tiernos querubes. Un vestido blanco cubría su cuerpo y había tanta ternura en su inocente actitud, que los ángeles debieron llorar. Lamía las sombras de la esquina, la lámpara votiva, tinta en lágrimas rojas.

— ¡Pequeña . . . !

Ya no respondía. Su destino estaba cumplido. Los ojos se empañaron al mirarle, al evocar su recuerdo, al sentirle presente, pero tan lejana a su presencia.

Junto a ella, manos cariñosas habían dispuesto a su lado a Cielo y Dulzura. Dormían las tres.

Tras el ventanal de la alcoba, entre las alfajías del muro, abierto su pico escarlata, piaba lleno de vida un gorrión recién nacido. ¡Yo salí presuroso en demanda de Dios!



## ÁREA HISTÓRICA UN BAILE DE MASCARAS

a Jorge Icaza

Para decir verdad, no era un baile de máscaras. No tenía ese misterioso embrujo que esconde el antifaz tras el silencio de facciones, ni el enigma de unos ojos abiertos en lúcida pupila, incitando con su destello, esperanzas veladas de galanas promesas. Era, para mejor expresarlo, una tenida alegre, sin rigidez de smoking, intrascendente y leve, que para mis ojos introspectivos, tenía el significado de una troupée de marionetas congregadas para amalgamar sus alegrías y liberar su espíritu de sus cotidianas angustias.

Yo, de hondas y exóticas raíces, enclaustrado como un asceta en mi soledad interior, me sentía aprisionado en una atmósfera ajena, donde la risa y la música se desbordaban incontenibles, y herían con su presencia mi insólita personalidad. Desde hacía tiempos mi vida había tomado un giro desusado. No es que hubiese perdido el recuerdo de una época, aquella de mi amistad con Francisco, que lle-



nó mis horas de un sentido real y decente. Es que hoy, sin apeterlo, había ingresado en el ambiente burgués de una nueva sociedad, adquirida a base de los éxitos, ¿por qué no consignarlo? de un prestigio profesional valorado a base de estudio y singulares aciertos.

Este era el novísimo marco en que vivía: clan de personalidades mediocres e histéricas, con decoración de sueños rotos, fijos en la presunción mundana de mover sus figuras en el Café de la Paix, en los Jardines de las Tullerías, y, ¡cosa extraña! en las Galerías del Museo del Louvre o en las **caves** del existencialismo decadente, que agitaba su color obscuro a la sombra de Saint Germain des Prés. Era en este medio, encrucijado de **snobs**, de hombres atormentados y mujeres frívolas, donde giraba mi órbita en mi calidad de médico de moda, ¡pecado mortal a mi prístina adolescencia!

Siempre rehuí, con formal pretexto de ocupaciones imposter-gables, las gentiles esquelas perfumadas de invitación a sus fiestas, pero en esta vez, pese a mis subterfugios, a mi innata resistencia a mezclarme en la intimidad de su mundo, tuve que romper mi línea, frente al acosante pedido de una de mis mas asiduas clientes.

¡Cuánto daño hizo a mi vida el tiempo transcurrido en medio de este torbellino! Aburguesé mis ideas hasta el extremo de embotar mi sensibilidad y tuve miedo de hundirme en su cotidiana intrascendencia. Un día rompí sus lazos. Fué un gesto heroico, lo reconozco, y me perdí en el olvido, al amparo de mi espíritu, sin remordimiento alguno, tranquilo y gozoso de mi determinación.

ÁREA HISTÓRICA  
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

La fiesta crecía con la noche. Pensé que un hombre que transitará por la calle, en la mitad del viento, escucharía su rumor como un murmullo ditonal de música y de voces. Podía parecerle que un enjambre de sombras se agitaban en una caja de cristal, donde para su buena o mala observación, seríamos como un puñado de gusanos erectos, en ensayo constante de venias y sonrisas.

Nos agitábamos en medio de las luces multifásicas, por entre los salones y los pasadizos, a travez de las palabras, de un tumulto de pensamientos no vertidos o entregados con reparo, para no caer en la crítica de las miradas acervas o de los gestos burlones. Estábamos todos formando la gran escena, copartícipes del **guignol** que iba poco a poco adquiriendo mas solidez, más verdad, conforme se embotaba la discreción, para volverse más puro el espíritu.

Casi ajeno a la alegría, en una actitud que talvez representaba un lejano complejo de inferioridad, pese a que todos me eran conocidos y amigos, me había deslindado un poco del barrullo, y solo,



arrimado a la cornisa de la chimenea de piedra, contemplaba el ambiente a mi sabor.

Puedo decir, que nada espectacular había en él. Las gentes se movían cordiales o bailaban discretas al compás de la orquesta y sólo la alegría, era la nota que fluctuaba en medio de la luz de las arañas. Allí estaba la señora de L... y el señor R..., la señorita C... y muchos más, todos mis confidentes, alguna vez, allá, en ese recinto, ese "confesionario" que un día llamó Francisco a mi sala de consultas.

Me puse a mirar las flores que adornaban un jarrón cercano al sitio donde me hallaba. Habían hecho un ramo de claveles blancos y rojos, de esos claveles de pétalos rugosos que rompían la rigidez de su tallo, como las luces de un fuego de artificio que estallara en la noche, dando su lividez de espectro a las masas oscuras. Había un símbolo en la presencia de las flores en la fiesta. La volvía más transparente, quizás le daba el tono de alegría espontánea y sincera. Quizás era sólo una nota coqueta.

La señora de L... pasó rauda junto a mi silencio.

—¿Se divierte doctor?

Y se fué con su sonrisa jovial, dejándome su perfume exótico, ese mismo perfume con el cual aromara mi consultorio en sus visitas, como un torbellino de hembra que azotase mis instintos.

Si, yo me divertía de una manera especial, con mi actitud de estatua, donde mis recuerdos se desataban en una sucesión de hechos, en un historial de interesantes personalidades.

Por ejemplo, la señora de N... resplandecía esta noche de alegría. Mostraba su hilera de dientes blanquísimos que resaltaban su tez canela y sólo su presencia ya era un estímulo para agitar el ambiente. Bailaba una danza atrevida de cornetines y tamboras y aunque su cuerpo no exageraba la nota del ritmo, su vaivén acentuaba su esbelta figura.

Sus ojos oscuros, que solían evocarme la belleza serena de una cortesana egipcia, brillaban al compás de la historieta picaresca, que a su oído le vertía su pareja y que ella parecía festejarla. ¡Que ilenos de gracia eran su actitud y sus modales! Al mirarle, alguien podía imaginarse que su vida era apacible y clara. Que su discreción y sus suaves palabras eran el atributo de una esmerada cultura. Sonreí al verle, porque sabía que la señora de N... era una hipócrita agradable.

Hoy lucía un tocado caprichoso que resaltaba su rostro con tonalidades apasionantes. Pero yo había visto su misma cabellera como un puñado de selva, rodar por su cara, deslustrando su belleza. Hoy le miraba sonreír con la gracia de un ángel, transparente en su



cordial encanto, y sin embargo, aquella vez, yo había sorprendido en sus labios una mueca brutal que desfiguraba su rostro. Hoy brillaba radiante en su vestido de frú-frú que alardeaba su presencia, pero también le había visto sucia y estrujada como una mujer sin importancia. Hoy le escucharía responder cordialmente a las frases que sus amigos le dirigirían, y talvez, si no le conociese en su intimidad, me impresionaría también a mi su refinada educación. Pero no, yo le había sorprendido en detalles que nunca se iban a borrar de mi mente.

Fué aquella vez que recibí en mi consultorio su llamada de urgencia. Salí presuroso por temor a que un nuevo accidente, de esos que tantas veces había tratado, volviese a presentarse. Solía caer en un choque convulsivo, tan brutal y extenuante, que paralizaba por largos segundos su respiración y perdía casi por completo el conocimiento. Pero en esta vez, cuando llegué a su casa, la escena era distinta. Sin desearlo presencié su actitud violenta. Nunca la señora de N... supo que yo fui testigo de su enojo. Detenido en la entrada de la escalera, pude escuchar su voz que resonaba en la casa como un huracán incontenible, desatado sin tiempo. Aspera y violenta, imprecaba a su esposo con un lenguaje soez y brutal, como si una mujer del arroyo, ya sin mínimo pudor ni vergüenza, vertiera su odio en obscenas y sucias palabras. Le ví cruzar, sin que me mirase, por el pasadizo que daba frente al sitio donde yo me hallaba casi escondido, como una bruja en el aquelarre, haciendo gestos impúdicos con sus manos, desgredada y horrible, loca en su furor desbordado, inconciente de su acción y sus palabras. Confieso que no pude soportarle y salí sin querer conocer la causa de su problema.

Al día siguiente llegó a mi consultorio. Su cara tenía un dejo flácido, como si toda la noche la hubiese pasado en desvelo. No hizo referencia alguna a su llamada y sólo me habló de una jaqueca que le atormentaba desde la víspera. Al verle tuve compasión y traté de no dar importancia a su dolor. Me puse luego, para saber hasta donde llegaba su disimulada actitud, a hablarle del elevado concepto que como hombre, dentro de la sociedad, tenía su esposo.

Noté que puso una mirada triste, como la de un perro azotado que pidiese un halago. Sonrió luego con amargura.

—Mi esposo es bueno —dijo— Trabaja tanto que temo que se me enferme.

Le miré de frente y disimulé mi sorpresa.

—Sí —le repuse— es un hombre inteligente y capaz. Ustedes hacen un matrimonio que envidio.

Volvió a sonreír con la misma tristeza.



—A veces nos peliamos un poco — agregó.

Y cayó en la profundidad de sus recuerdos.

No señora de N. . . , quise decirle, discutimos o peliamos un poco, es tratar de dcrar el veneno para aparentar que no nos hace daño. Pero yo no estaba llamado a tocar este punto. Para ella yo lo desconocía, y era mejor, porque en esta forma aprendía a valorizar a las gentes y a quitarles por mi mismo el antifaz que les ve'aba.

Hoy, al verle tan dulzona y galante en su papel de señora aristocrática y fina, como una figurilla de porcelana de Sévres, podía juzgar que su alegría presente era una contraposición lógica al furor demoníaco, que abría los diques de los odios contenidos y los rencores acumulados. Su esposo no podía satisfacer sus ambiciones, y ella no se conformaba en soportar la aparente felicidad de sus amigas, esa felicidad femenina de vestidos atrayentes, de invitaciones cotidianas, de dinero a manos llenas, de una casa lujosa como en la que hoy nos hallábamos, de un automóvil siempre dispuesto. Sus sueños se le esfumaban frente a la desesperación de verse envejecer en forma inexorable, sin haber logrado parte de ese goce material.

En medio de mis recuerdos la orquesta había callado y las parejas, entre las que se hallaba la de la señora de N. . . , se habían diluído. Más tarde le ví, junto a su esposo, discurrendo amigablemente.

Fué la señora de T. . . la que me sacó de mi ensimismamiento.

—Le he visto muy serio doctor. ¿Se divierte?

—Como usted no se imagina.

La señora de T. . . me hizo un mohín coqueto.

—¿Se divierte sin bailar?

—Sí —le repuse— me suelo divertir sin bailar.

La orquesta había iniciado una nueva pieza. No me quedaba otro recurso, pese a mi desgano, que solicitar a la señora de T. . . , me permitiese hacerle compañía. Lo aceptó gustosa, tratando de disculparse que ella fuese la causante de obligarme a algo, que tal vez yo no estaba dispuesto a hacerlo. Mi educación me hizo galantearle, y sonreídos en una forma tonta de nuestras propias palabras, nos pusimos a danzar. Yo miraba el reflejo de las luces en sus aretes de esmeralda quebrarse en destellos verdes, y en sus hombros escotados su carne rosada tomar tintes de coralina. Hablamos de cosas baladís y me reservé mucho de traer su problema a nuestra conversación. Sentía su perfume, el perfume mismo de su cabellera embriagante, la donosura de su talle y una peno enorme rondar a nuestro alrededor.



Desde mucho tiempo atrás conocía su problema, su triste problema que lo habíamos discutido juntos en las charlas de mi consultorio. Habíale visto empañar sus bellos ojos de lágrimas que yo me sentía impotente a resolverlas.

La primera ocasión que hablamos en confidencia sobre su caso, me pareció sencillo, porque ella me ocultó la verdad. Luego, cuando la supe en sus detalles, talvez sorprendió en mí un gesto de desaliento que debió alarmarle. Hoy parecía aparentemente feliz, porque bailaba con alegría y seguía, con un dejo de su cabeza, el compás de la música.

A pocos pasos nuestros, con una copa de whisky en su mano, que aún la mantenía firme, se hallaba su esposo. Como siempre, presumía su figura en medio de un grupo de señoras, que indiferentes a la fiesta, engolfadas en chistes procaces, hacían su eterno corrillo para entretenerse. Yo pude traer la conversación hacia él, pero la señora de T..., casi adivinando mis pensamientos, me dijo de pronto.

—¿Le mira? Es su manera de divertirse.

Sus palabras tenían otro significado, yo lo sabía. La tendencia de su esposo a los cuentos atrevidos, era una consecuencia desesperada de su condición humana. La ansiedad a buscar aventuras, a rodearse de mujeres para sentirse un hombre en medio de ellas, era un imperativo que se había trazado en su vida, para ahogar su miserable estado biológico. En las reuniones que formaban su sociedad, se murmuraba siempre su donjuanismo constante, su exhibición desgarbada de nuevas amigas, frente a la frialdad aparente, que este comportamiento, producía en el espíritu de su esposa. Ella y yo lo comprendíamos, y quizás alguien más que pudo descorrer el velo de este raro misterio.

—Debería decidirse — le dije luego.

Sentí que un escalofrío recorrió su cuerpo de esposa virgen. Moviéndose negativamente la cabeza y permaneció en silencio.

El divorcio era una alternativa, pero aquello de llegar hasta Roma en demanda de que su causa se decidiese a su favor, como tenía que serlo, a más de costar mucho dinero, ponía como premisa la separación formal de su "esposo", y esto era para ella el principio del escándalo. Un sentimiento de compasión le unía a él, algo del amor que aún le profesaba, ese amor que vivía de un recuerdo, en una absurda pose romántica que no quería sacrificarla.

—¿Y la adopción? — le dije al fin.

Habíamos también en otro momento hablado sobre este punto. Moviéndose dubitativamente la cabeza y alzó a mirarme. No era lo mismo un niño ajeno, que un niño nacido de su sangre. Ella quería uno,



sí, pero propio, tan suyo que pudiese amarle integralmente. El egoísmo tenía hondas raíces en su alma.

—Pero usted sabe que eso es imposible — le volví a decir.

Hundió su cabellera pasando su frente sobre mi hombro. Yo comprendí que sufría hasta la desesperación.

La música había terminado y aprovechando ese momento, le llevé a mi refugio, al sitio donde el ramo de claveles estallados, daban su nota clara a la fiesta.

—¿No ha pensado que usted no puede sacrificar su vida, que necesita decidirse por una solución, cualquiera que ella fuese?

Estrujó su rostro como tratando de ofuscarse y no entender mi pregunta.

—Usted sabe que no existe.

Sí, hasta cierto punto no había ninguna forma de resolver el problema, desde el punto de vista científico. Se habían intentado procedimientos médicos audaces sin resultado. Los más prestigiosos especialistas se esforzaron con técnicas revolucionarias, en llegar a solucionar su caso y todos los ensayos habían fracasado. Era un asunto en que la ciencia no contaba y que tenía que determinarse de una manera más personal más subjetiva.

—Mire —le dije, en un tono ceremonioso por lo severo y delicado— no le queda sino un camino.

Me alzó a mirar como si esperara una verdad dura y terrible.

Ni la condición en que me hallaba por el licor, que había disfumado en parte mis escrúpulos, me dio el valor suficiente para decírselo sin rudeza lo que había creído. Un sentimiento de pudor me obligó a detenerme. Ella, con la claridad de su mirada puesta en mis ojos, esperó mis palabras. Empecé a titubear, a fruncir el entrecejo, a ponerme nervioso. Moví al fin negativamente la cabeza y permanecí en silencio. Nos quedamos inmóviles, como si una culpa tan grande nos hubiese envuelto a los dos y nos pesara su vergüenza.

Yo no podía permanecer así tanto tiempo. Ni siquiera había la disculpa de la orquesta para invitarle a bailar y romper este silencio. Ella miraba los claveles estallados y noté que sus ojos se empañaban de lágrimas.

—A veces la literatura nos da sus enseñanzas —le dije— Los escritores nos suelen contar historias de la vida real. Ellos arman su tramoya, la adornan o la desfiguran según sus temperamentos, pero solucionan casi siempre los problemas.

—Si —me dijo— eso lo hacen para ser leídos y admirados.

—No es sólo vanidad —le repuse— son también enseñanzas.



La alegría con la que le hallé al comienzo de nuestro encuentro, había desaparecido de su rostro. Parecía que la fiesta no nos importaba. Ni la música que llenó el salón nos liberó de nuestra actitud.

—¿Ha leído a O'Neill? — le dije de pronto.

Y sin esperar su respuesta, le hablé de una de sus mejores obras "El Extraño Interludio". Luego ya sin detenerme le expliqué el problema que Lawrence había planteado en su "Amante de Lady Chatterley". Traté de resumir el conflicto expuesto por él, que tenía visos de parecido con el suyo.

—Por supuesto —le insinué— su esposo tendrá que aprobarlo.

Al terminar mi exposición, me repuso con cierto interés.

—¿Es que todo eso es verdad? ¿Es que existió Lady Chatterley?

Yo no podía asegurarlo. Pero para el caso lo mismo daba que hubiese existido o no.

—¿Y acaso usted no existe? — le contesté.

—Sí —me repuso— pero en otro ambiente, con otra conciencia, en otra civilización.

Y luego, para afirmar sus conceptos, continuó.

—Yo estoy prohibida de enamorarme pasionalmente y aún si lo pudiera, ese hijo me pesaría como un balón.

Ya no podía luchar. Ante su actitud categórica y serena, agradecí a mi destino el que ella no me cdiase. Recuerdo que al ser solicitada a bailar, se despidió de mí con una dulce sonrisa, como si me agradeciera mi frustrado empeño de salvarle de su angustia.

Allá, en el fondo del salón, manteniendo aún su vaso de whisky en la mano, su esposo seguía riendo a carcajadas, echando su cabeza hacia atrás, mostrando en sus mejillas barbilampiñas, sonrosadas como las de un querube, los tonos fugaces de las bujías de luz reflejadas en ellas. Al reírse, su cuerpo obeso, de formas delicadas, temblaba como una masa de suave gelatina.

Aproveché el paso de un mozo con su bandeja de vasos para servirme un buen trago de whisky. Lo necesitaba, porque ni en la intimidad de mi consultorio me hubiese atrevido nunca a plantear semejante solución, como acababa de hacerlo.

Ya bailaba la señora de T..., la esposa intocada, en medio de la fiesta sonriendo con sus amigos, y me sentí mas aliviado de esto, que empezaba a estorbarme en la conciencia.

Me puse a fumar con satisfacción, a ambientarme nuevamente olvidándolo todo. Levanté, para admirarlas mejor, a las corolas de los claveles del jarrón cercano, cuando a mis espaldas escuché la voz del señor G..., el industrial en lonas, el que acababa de inau-



gurar una nueva fábrica hacía pocos meses, y que me palmoteaba cariñosamente el hombro.

El señor G... era campechano y alegre. Le gustaba beber con hartazgo y cuando no hablaba de negocios, su conversación se volvía amena y cordial. Me daba la impresión de que gozaba en las fiestas. Pregunté por su esposa y me la señaló con el dedo, hacia el grupo que formaban las damas alrededor del señor T....

—Le gustan los chistes verdes —me dijo— después ella me los cuenta todos y nos divertimos.

No podía sino sonreírle.

—La vieja se entretiene a su manera —volvió a decirme— y yo a la mía...

Su insinuación era clara. Lanzó luego una risa sostenida que estremeció a los claveles.

Se puso a conversarme, en son de intimidad, de sus asuntos personales. Me habló de sus amigas, de su **garçonnière**, de todas las señoras que formaban la fiesta. Alardeaba de su buena suerte con las damas, e hizo los elogios de su flamante automóvil, de la nueva finca que venía de comprar para su solaz y de su última conquista femenina.

—¿Pero es que su esposa no le **cela**? —le dije al fin.

—Terriblemente —me contestó.

Y me dió detalles de su última aventura, en que para calmarle, tuvo que obsequiarle un pendiente de esmeraldas.

—Fué una fortuna, fué una fortuna —me decía palmoteándome la espalda— pero le engañé, ¿sabe usted?, le engañé.

Y volvió a reír a carcajadas, gozoso de haberse jugado una escena difícil y satisfecho su capricho.

—Le engañé, le engañé —repetía, atorándose de risa, como si hubiese encontrado un chiste agudo, que había que festejarlo hasta el cansancio.

Así se desprendió de mi lado, riendo a todo pulmón, ahogado por la tos, con su vaso de whisky a la mano que lo zarandeaba a cada ataque de euforia.

Yo sí, sin la carcajada violenta del señor G... tenía para burlarme de su pobre figura y del pobre papel que desempeñaba. ¡Qué ingenuo y estúpido me parecía! Pese a su malicia en juego para armar sus negocios e incrementar sus entradas, tenía un olfato de adolescente para entender la suspicacia femenina.

La señora de G... no era una ingenua como él le suponía. La señora de G... tenía locura por los cuentos verdes y por las insinuaciones veladas que se transparentaban en ellos. Sabía en detalles las aventuras de su esposo, y si a veces parecía no importarle, era



el miedo de que sus propias faltas se hiciesen presentes con el escándalo.

—¿Por qué se nos acusa sólo a nosotras de adulterio? —me dijo aquella ocasión lejana en el consultorio.

Y me puso sus razones y me buscó argumentos y agotó todos sus conceptos para encontrar un ambiente de lógica y justicia a sus deslices. Fué uno de los momentos más embarazosos de mi vida profesional, y a la vez los más amargos para ella. Segura de que yo podía con sencillez solucionar su caso, me confió sus íntimos detalles, sin escatimar nombres ni circunstancias. La señora de G... era parlachina y pecaba de candorosa. Yo le dejé hablar porque me interesaba verle de pronto tan humana, tan hecha del mismo barro, como cualquiera otra pobre mujer sin sus esmeraldas ni sus perfumes.

Su caso era un caso de desahogo, quizás de un poco de venganza, un desfogue de odio contenido contra la vida libertina de su esposo. Tenía que cobrarle como en el Talión, moneda por moneda, pero nunca supuso que su aventura podía traerle tan embarazosas consecuencias.

—Allí está la razón —le dije— porque sólo a la mujer se le puede culpar de adulterio.

Ella me escuchó agobiada, sinceramente arrepentida. Tenía yo que salvarle, por algo había despertado mi nombre en ella y en su mundo social tanta confianza. Casi le ví al borde de las lágrimas. Inconcientemente ponía sus manos como ante un altar, con la fe de ser perdonada y liberada de la ignominia. La desesperación le volvía un guiñapo. Era la parte más humilde y rastrera de la cosa humana que gemía compasión y mendigaba piedad. Le ví descender de su pedestal de dama inalcanzable, bajar de su orgullo, para pisar con su alma descalza el camino amargo de la contricción.

Disimulé comprenderle luego de dejar que rindiera toda su miseria sin mixtificación alguna, y cuando le ví ya deshecha, como una bolilla de barro bajo mis dedos, todavía le humillé mas con mi categórica negativa.

Ya no fué angustia la que escuché en su palabras, sino exasperación creciente. Una languidez exhaustiva convulsionó su cuerpo. Pero yo me mantuve firme en mi negativa. No podía manchar mi reputación de médico honesto, ese prestigio que en su medio burgués había adquirido, por el mismo hecho de ser exageradamente honrado. Le expuse estas razones para calmarle y ella pareció entenderlas.

Con lágrimas que llenaban sus ojos, abatida por los suspiros de su llanto, me pidió como una mendiga una solución a su proble-



ma. Yo la tenía prevista desde un principio, pero esperaba cauteloso, morbosamente como un demonio, que ella planteara en esta forma su situación. Cuando le ví sin fuerzas, casi agotada por su tormento, le di el camino.

—Recuerdo —le dije— hay un colega...

Sus ojos brillaron de esperanza, casi podía decir que la señora de G... en ese momento podía besarme las manos. Telefoné sin dilación para incrementar su gratitud y cuando el asunto quedó convenido, se deshizo en cumplidos y alabanzas hacia mi escrupulosa conciencia, prometiéndome comentar mi honradez profesional en su ambiente.

Hoy le miraba allá, satisfecha, alegre, formando la reunión de cuentos verdes, sin haber intentado en toda la noche desprenderse de ellos. Rehuyendo de intento mi presencia y aún rehuyendo mi saludo, pese a que fui su más decidido colaborador en la resolución de su caso. Personalmente no me importaba, me había cobrado con creces su desprecio. Podía aún, para estremecerle, acercarme al grupo de damas cuarentonas, como un simple curioso y sorprender su nerviosismo con mi sola presencia. Pero preferí seguir gozando en la fiesta, sin empañar mi espíritu de empalagosas venganzas.

Empecé a aburrirme en medio de esta alegría estúpida que no me convencía, escuchando el grito de los cornetines que destrozaban la música, dilapidando su melodía. Ví de pronto casi aislada en una butaca, a la señora de D... Presuroso me aproximé a ella, y al solicitarle me concediera bailar, su asombro le hizo sonreír enrojeciendo las mejillas.

—¿Le he importunado?— le dije.

—De ninguna manera.

—¿Pensaba en algo serio?

—En nada serio.

Por más decirle, pregunté por su esposo. Ella movió con un gesto vago su cabeza, señalándome una dirección.

—Como siempre.

—Como siempre.

Afirmó sin hablarme más de él. Vi quebrarse en las ondas de su cabellera los matices de luz y sentí también su perfume seductor embriagarme hasta el arrobamiento. ¡Qué bella y lúcida era! Sus ojos almendrados tenían la seducción de una belleza gitana y su labio inferior, encendido, temblaba en deseos. Toda ella era una idea fija que atormentaba los instintos. Había demasiada seducción en su mirada, en su voz, en la línea de su cuello esbelto, y aún más, en los hoyuelos apenas esbozados de sus dos mejillas. A su lado, yo podía romper todas las barreras y sacrificar mi vida, sin importan-



me si al hacerlo podía destruirla. Nunca había sentido tanta bravura en mi corazón al solo su presencia, y hoy, que le tenía enlazada al compás de la música, mi silencio era un grito angustioso que clamaba como un alarido.

Sabía que ella me entendía, que en mis ojos había sorprendido muchas veces ese mismo silencio que ella se esforzaba en rehuirle, pese a que escuchaba mi desesperación. Pero yo no era capaz de quebrarlo y lo mantenía intacto, con el temor de profanarlo.

No era yo un adolescente de quince años, ni un mozo que no hubiese roto ya la barrera del ensueño. No había sensación de arrullo a su lado, había algo diferente, tan brutal y violento, que a mi mismo me daba vergüenza.

Todo nació un día en que fui llamado a su casa para observarle. Su marido cun bajo la acción del licor le había abofeteado. Mostraba en su rostro una huella oscura, pero que ella trató de no darle importancia.

—Pierde la cabeza ¿sabe doctor? pierde la cabeza...

El asunto no tenía mayor valor desde el punto de vista médico, y se lo dije. Receté unos calmantes para su esposo y para ella unas tocaciones y salí con la angustia de su belleza crucificada en mi cerebro.

Pasé días largos en espera de que volviese, y cuando ya borré de mi mente su imagen, en esa desesperación de no saber nada de ella, le ví llegar a mi consultorio cierta tarde, estremeciéndome al reencontrarle. Casi no pude hablar. Era como un halo de tormenta que llenaba mi alma. Ella lo notó y se puso a sonreír de mi atolondro. ¡Qué dulce y perversa era!

Nunca sentí tanto temblor en mis manos al tratar de examinarle, nunca me turbé tanto al querer diagnosticar su caso. Me aturdí que mi desconcierto le hiciese sonreír con malicia que yo no podía evitarla. Puse un rostro severo, como único recurso, y haciendo acopio de toda mi energía, empecé a explicarle su leve enfermedad, rehuendo verle de frente. Ella, yo lo presentía, había clavado sus ojos en los míos y con una mueca, que hacía más adorable su rostro, seguía gota a gota mi martirio.

Le dije que definitivamente su mal era sin importancia, que con la receta que le prescribía no tenía por qué preocuparse de su dolencia. Si, lo que yo deseaba ahora, era que no regresase, pero ella pareció no entenderlo así.

Vino a los dos días y a la semana siguiente y una y otra vez, en forma tan asidua, que su presencia desazonaba mi espíritu. Para decir verdad, yo no me sentía enamorado. Era mas bien un turbión de pasiones que su imagen desataba en mi alma. Era la vida mis-





**70 AÑOS (Escultura)**

Dr. Oswaldo Rodríguez



ma tratando de desbordarse frente a su mirada. Y por ello tenía miedo, miedo a su presencia y miedo a mis instintos.

Siempre traté de guardar la distancia entre su calidad de paciente y mi calidad de médico, pero puedo jurar, que muchas veces sofrené el impulso de levantarme con violencia y estrujarle entre mis brazos. Su sonrisa llena de coquetería y el brillo punzante de sus ojos, desbarataban mis nervios. ¡Como sufrí y la maldije! Dios era testigo de mi lucha, de mi esfuerzo por no manchar su reputación y la mía.

Cuando me contó su historia, descubrí su tristeza. Ya no sonreía. Relataba con tal patetismo su pobre vida, que tuve compasión de ella. Todo era un fracaso constante, su amor una leyenda lejana, su realidad un drama asiduo sin esperanzas. Su fervor religioso, una barrera tenaz que amordazaba su ardor.

Odiaba a su marido, mezclando su odio a la repugnancia que él le producía. Sus sueños se vieron rotos desde su primera noche de bodas, en que ebrio y brutal le describió el misterio, le mostró la desnudez de la verdad, y quebró sus ilusiones como un guijarro quebrando la limpidez del agua. Más tarde, ni la presencia de sus hijos pudo mitigar tanta miseria descarrada, y se amoldó a su vida, entre el desprecio hacia él y su conformidad aparente de mujer virtuosa.

Vivía su sacrificio eterno, ya sin esperanza,, llenando su cerebro de quimeras, buscando en Dios un milagro que se retardaba en llegar.

Luego me hizo revelaciones más íntimas que me da rubor el consignarlas, y al final, para que yo perdiese toda ilusión, juró por los Sagrados Sacramentos, que nunca daría un desliz que pudiera avergonzarle. Yo empecé a tenerle admiración y a compadecerle a la vez. Frené mis delirios y oculté en el fondo de mi mismo, toda mi loca vehemencia.

Desde entonces, como si yo también le hubiese hecho copartícipe de mis secretos, como si ella hubiese comprendido mi estado de ánimo, prometimos ser amigos. Cumplí con valor mi copromiso, luchando contra mi instinto que me llevaba como un perro a su lado.

Al terminarse nuestro baile, vi junto a nosotros a su marido, que vidriados sus ojos por el licor, plantado como un muro a nuestro lado, sonreía con sorna al mirarnos.

Llevé a la señora a su asiento y al pasar junto a su esposo, no tuve la menor atención de reparar en él.

Sentí de súbito su garra coger de mi brazo y su voz arrastrada.

—¿Nos tomamos un whisky doctor?



Hice un movimiento brusco para librarme de él y una vez logrado, sereno y despreciativo, me dirigí al bar. Pedí un vaso de licor y me lo bebí de un golpe. Permanecí con la cabeza aturdida por un momento y depositando la copa sobre la bandeja, me revolví bruscamente.

Frente a mí estaba ella junto a su marido.

—Le invité a tomar un trago doctor y usted no me lo ha aceptado.

Y dirigiéndose al mozo, con voz imperativa de mando, le solicitó tres vasos.

—Beberemos a nuestra salud.

La presencia imprevista de la señora de B... y otros amigos, amenguó la tensión. La señora de B... dicharachera y jovial, empezó a hacer bromas chispeantes que nos hicieron sonreír. Volvió a tocar la orquesta, y antes de que los vasos estuviesen servidos, le saqué a bailar.

Quizás de todos los presentes era la señora de B..., la que menos vínculos de amistad tenía conmigo. Había atendido dos o tres veces a sus pequeñas dolencias y nada de particular podía recordar de ella. Mi impresión era la de una mujer tranquila, serena en su vida, a la que sólo pequeños problemas debían mortificar. ¿Pero acaso esta misma impresión no se tenía en esos momentos de la señora de N..., de la señora de T... y de la señora de G...? ¿Quién podía decirme al oído la ruda verdad de sus vidas, al mirarles hoy tan alegres y donosas, casi suprahumanas, llenas de un encanto que hacían divertida la fiesta? ¿Quién podía decir, por ejemplo, que ese agudísimo conversador, admirado tanto de las señoras, el Comandante M... no tenía una inquietud interior, que en otro hombre constituiría una tragedia sin parangón? Sus exámenes controlados por todos los laboratorios habían afirmado el mal que aquejaba su sangre. Su misma inteligencia, quizás era el fruto de su sorda enfermedad, que podía en un mayor descuido, llevarle a una parálisis completa y a la muerte. Y sin embargo, llenaba sus horas de alegría, como una máscara que tuviese la risa congelada en su rostro, ocultando la llaga interior que podía ser su condena. Las gentes lo ignoraban, como cada una ignoraba totalmente todas estas realidades vertidas. Le veían lleno de dotes, de inteligencia espectacular, que más de una muchacha, a caza de esposos, podía labrar sus sueños junto a él.

¿Y acaso no estaba allí presente la señora de F..., que con su risa trágica, porque ella sí tenía de verdad una risa triste, sabía, con temblor de espanto su destino? Y aquello no le habíamos podido ocultar. Su futuro era incierto, en cualquier instante podía cumplirse el



fatal pronóstico que pesaba sobre ella. Hacía cinco años que un cáncer destruyó su seno y aunque aparentemente su mal estaba conjurado, nadie podía asegurar que un día de sol, o una noche de fiesta, se le presentara un malestar extraño, insignificante y fútil, que sería el comienzo de su fin. Y sin embargo, su tranquilidad aparente, el gusto con que danzaba y seguía el compás de la fiesta, no hacía sospechar la amenaza que rondaba su vida.

Y más allá, como una reina rodeada de su corte, brindando gracia y sonrisas, se perfilaba la radiante escultura de la señorita C. . . , la encantadora señorita C. . . , a quien la vida ya le hizo conocer su cruda realidad. Por su mente debía rondar la cruel experiencia de su ingenuo romance, que enlutó el corazón de su madre, mi vieja amiga, la que me hizo partícipe de sus angustias y de cuyos labios supe entera la verdad.

Y como la nota cómica de tanta vida observada, estaba allí también presente el doctor X. . . , ese dentista rosacruziano, tan zalame-ro y miserable, que un día llegó a mi sala de consultas a exponerme el caso de su nueva señora, aquella judía que abandonó a su esposo para hacer un romance con el doctor, a los sesenta años de edad. Vino un día a llevarme a su casa a que observara su asombrosa curación intelectual. Vivía en el campo, a propósito, según él me lo explicó, porque todo lo había planeado conforme a las normas de su extraña creencia. La cama, por ejemplo, se hallaba orientada al norte magnético y aún el color de la pieza encuadraba con sus principios filosóficos. La señora había sufrido, hacía días, un fuerte dolor en el punto apendicular. El le había colocado en una posición matemática, haciendo que su cabeza tuviera la orientación a una estrella determinada. Luego, se había pasado días y horas, puestos tres dedos de su mano derecha, sobre el sitio del mal, concentrando su pensamiento al unísono de sus palabras mágicas: "no hay dolor, no hay dolor, no hay dolor. . ." Y ¡oh sorpresa!, me decía, con sola su mente fija en este sonsonete, con el magnetismo que irradiaba su personalidad, la inflamación del apéndice había desaparecido al cabo de ocho días justos, ni un segundo más ni un segundo menos. Más tarde supe, que la vieja judía había sido operada de urgencia, por una apendicitis perforante que había producido su reacción peritoneal. No, el doctor X. . . ni siquiera me buscó para saludarme. Juro que me hubiera reído en su cara cretina, con todas las ganas.



Todo era en este momento un florido remolino de risas. La excitación de la música había contagiado el ambiente. El olvido era el mejor recurso para dejar libres los instintos y aturdirse.

No, no era éste un baile de máscaras. Lo sabía yo de firme, no habían ni el antifaz ni el vestido desempolvado de épocas pretéritas. Era una simple fiesta de sociedad, donde cada uno jugaba su papel, desconociéndose mutuamente, ignorándose unos a otros, sólo deseosos de encontrarse para sentirse juntos, reír y gozar.

Las máscaras estaban presentes en mis recuerdos, introspectivas en la historia de cada uno de ellos. Yo las miraba lucir en la alegría de sus rostros que ocultaban sus lágrimas interiores, sus arrugas de dolor, las dormidas cicatrices de sus vidas, que hoy permanecían olvidadas en el fondo de sus conciencias. El mundo tenía dos facetas: la realidad de los días y la realidad de una hora suprema, como un destello de luz en un cuadro de sombras. De su composición nacía el contraste, la verdad de cada uno de sus elementos. Ésta era la vida. No sabría decir yo cual de los dos momentos era el crucial, cual de los dos factores era la cara lúmpida y cual el antifaz. Sin duda al pensar así, creí que nada tenía importancia decisiva.

Empecé a sentir que mis movimientos estaban poniéndose torpes y que mi conciencia discurría sin utilidad. Creí oportuno que había llegado el momento de retirarme y me deslicé, sin que nadie se percatara, entre el tumulto de los invitados, para ganar la salida.

A mis espaldas sentí unos pasos menudos y rápidos, pero tan llena y pesada estaba mi cabeza, que no me interesé por ellos. Seguí mi camino hacia la salida, sin ni siquiera despedirme de nadie.

Al ganar la puerta escuché una voz a mis espaldas, que me llamó quedamente. Me revolví sin apuro y vi, frente a mis ojos, a la señora de D..., cubierta con su abrigo de pieles, tan esplendorosa como un sueño.

—¿Podría dejarme en casa?

Sentí que casi no tuve valor a responderle, porque mi voz empezó a temblar con una extraña emoción. Vi su sonrisa, esa sonrisa demoníaca y adorable, que hacía un mohín coqueto como para decidirme.

—Si —le repuse— será un placer.

Y salimos a la noche, al aire frío, a refrescar la frente, dándonos el placer de respirar con holgura.

—¿Sabe su esposo?

—No.





**General ORELLANA (Escultura)**

Dr. Oswaldo Rodriguez



Manejé el automóvil por la avenida semi iluminada, en un silencio que ya era habitual en nosotros. Quise decirle algo y no pude. Ese silencio que nos envolvía nos delataba. Avancé sin premura tratando de detener los segundos. El viento que se metía por las ventanillas abiertas, me serenó los pensamientos.

—¿Se ha divertido?— me dijo al cabo de un rato.

—Mucho. ¿Y usted?

—Mucho también.

Y volvimos a callarnos. Yo escuchaba el rumor de la noche en mi corazón acelerado.

Pensé de pronto que en ese momento mi calidad de médico no existía, ni que ella estaba tampoco en calidad de cliente, ni que el automóvil en que viajábamos era la sala de consultas. Algo precipitado gemía en mi carne, como un alarido que destrozara mi serenidad. Le miré de reojo y noté que su vista se hallaba clavada en mi rostro, silenciosa, muda como una esfinge.

—Hemos llegado —le dije— cuando detuve el automóvil frente a su casa.

No me repuso, ni hizo intento de salir.

—¿Me obsequia un cigarrillo?

Los rebusqué precipitadamente en mis bolsillos y le brindé la cajetilla. Busqué asimismo azorado los fósforos y cuando hube prendido uno de ellos, la luz de la llama empezó a temblar en la noche. Ella tomó mi mano para calmarla y sentí sus dedos aprisionar los míos y vi sus ojos profundos, iluminados como un puñado de estrellas.

Lanzó una bocanada espesa de humo y arrojando el cigarrillo por la ventanilla abierta, se volvió a mi para anudar su brazo a mi cuello y besarme removiendo sus labios en los míos, con furor y pasión.

Cuando descendí las escaleras de su casa, el frío de la noche se había acentuado. La brisa se deslizaba azul por entre el follaje espeso. Entré al automóvil y emprendí la marcha. De pronto lo detuve en seco. Una sensación extraña se había apoderado de mí. Me palpé la cara con las manos abiertas. Tenía la impresión de que mi rostro era una máscara, que me había cubierto toda la noche